

ARTURO MUÑOZ

Por un túnel
de silencio

Para Olalla

NOTA DEL AUTOR

ESTE LIBRO RECOGE HECHOS y testimonios reales. Para no comprometer a las personas que aparecen en él, algunos elementos de la historia han sido ficcionados.

*Oh, ciudad de los gitanos,
la Guardia Civil se aleja
por un túnel de silencio
mientras las llamas te cercan.*

Federico García Lorca,
«Romance de la
Guardia Civil española»

PASÉ ALGUNOS VERANOS DE mi infancia y adolescencia en la casa que mi padre y su mujer tenían en la sierra de Madrid. Era una casa grande, una de las últimas del pueblo, con un jardín, una piscina y una canasta de baloncesto. Yo compartía dormitorio con mi hermano Miguel en el sótano, donde además teníamos para nosotros solos un pequeño salón con libros y un equipo de música. Escuchábamos indistintamente y con igual entusiasmo a los Beatles y a Extremoduro, a los Doors y a Molotov. Era mi época preferida del año: nos bañábamos, salíamos a cenar al bar, leíamos, dábamos paseos por el monte, montábamos en bicicleta.

Mi padre iba a comprar al centro del pueblo y a veces me traía el *Marca* o el *As*, que yo me leía de cabo a rabo memorizando sin esfuerzo datos y estadísticas, los apellidos de los jugadores, su posición en el campo, los nombres de los estadios. Uno de esos veranos yo estaba muy ilusionado porque parecía que el Real Madrid iba a fichar a Figo, hasta entonces una de las estrellas del Barcelona.

En algún momento empecé a pensar que a mi padre podía matarlo ETA. Existía entre los hermanos la idea difusa de que habían llegado a enviarle una carta amenazándolo, lo que nunca nos atrevimos a preguntarle. Mi padre escribía artículos muy encendidos en *El País* contra ETA y contra el nacionalismo. Cuando iba al País Vasco a presentar sus novelas tenían que ponerle escolta. Acudió a alguna de las grandes manifestaciones que hubo contra ETA en Bilbao y San Sebastián a finales de los años noventa y apareció en televisión defendiendo el derecho de los ciudadanos no nacionalistas a ocupar el espacio público sin miedo a ser acosados o asesina-

dos. Cuando asistió al festival de cine de San Sebastián a presentar *Plenilunio*, la película basada en su novela, un grupo de jóvenes boicoteó la proyección, rompiendo en aplausos y risas cuando al inspector de policía que era el protagonista de la historia lo abatían por la espalda de un disparo.

Uno de esos veranos, el verano en el que el Real Madrid fichó a Figo, la idea de que a mi padre pudieran matarlo se convirtió prácticamente en mi único pensamiento. Era una obsesión corrosiva y silenciosa. Por fuera todo seguía como siempre. Mis hermanos y yo seguíamos bañándonos en la piscina, montando en bici, saliendo a cenar al bar y escuchando música. Pero lo único que yo hacía en realidad era pensar.

A ratos la idea me parecía una tontería. ¿Para qué iba a matar ETA a un novelista? ETA solo mataba a jueces, a políticos, a guardias civiles, a militares. Pero mi padre me había dicho que Fernando Savater tenía que ir con escolta a todas partes.

Mi padre me traía el *Marca* o el *As*, pero lo que de pronto yo quería leer era el mismo periódico que se leía él. La facilidad que tenía para memorizar datos de la liga de fútbol la utilicé en adelante para retener hasta el último detalle de los asesinatos que cada pocos días cometía ETA. A Manuel Indiano lo acribillaron en la alacena de su tienda de golosinas. A José Luis López de Lacalle le dispararon cuando salía de desayunar con los periódicos debajo del brazo. A José Ramón Recalde le dispararon en la boca, pero no murió, y pudo entrar caminando a su casa y pedir ayuda a su mujer. Martín Carpena se dirigía con su mujer y su hija a un concierto cuando un hombre se le acercó y le disparó seis veces, una de ellas en la nuca. El cuerpo de Irene Fernández salió despedido a diez metros de distancia tras estallar la bomba que habían adosado a su coche.

Cuando mi padre se iba a comprar, yo me quedaba escuchando. Escuchaba el ruido de la cancela metálica e imaginaba y escuchaba en mi mente el ruido seco de un disparo y los pasos acelerados sobre el camino de tierra de alguien que se escapaba. Escu-

chaba el motor del coche al arrancar y trataba de imaginar cómo sonaría una explosión. Sonaba el teléfono y en las décimas de segundo que tardaba en reconocer la voz de la persona que llamaba me imaginaba que era Martín, el dueño del bar donde solíamos ir a cenar, para decirnos que a mi padre le habían disparado o que su Suzuki verde había explotado en mitad del pueblo.

Pero no podía ser. A mi padre no podían matarlo. ETA mataba a personas que podían perjudicarla, a jueces, a policías, a militares, a políticos. Pero José Luis López de Lacalle solo era un periodista. Su pecado, como el de mi padre, había sido escribir artículos contra ETA y contra el nacionalismo.

Abría los periódicos y buscaba las noticias del País Vasco. Me gustaba ver las recreaciones de los atentados, esos esquemas nítidos que explicaban limpiamente la secuencia de hechos, una silueta negra que en una viñeta baja de un coche y en la siguiente sostiene una pistola o aprieta el botón de un detonador.

Un día me asomé a la ventana y vi a mi padre tendido en el suelo, inspeccionando su coche por debajo. Al parecer, durante la noche alguien había intentado forzar la cerradura de la puerta del conductor.

Otro día que no estaba en casa abrieron el telediario, como sucedía a veces, con el nombre de la persona que acababan de asesinar. El presentador pronunció el nombre vocalizando con claridad, dejando un pequeño silencio entre las palabras: Antonio Muñoz Cariñanos.

¿Por qué tenía mi padre que escribir sobre ETA? ¿Por qué tenía que presentar sus libros en el País Vasco? ¿Por qué hablaba del tema cuando lo entrevistaban en televisión? Nuestra casa era de las más alejadas y solitarias del pueblo. Mi padre ni siquiera metía el coche en el garaje.

Me bañaba, salía con la bici, escuchaba música, pero lo único que en realidad hacía era pensar. Tiraba diez veces a la canasta y cada tiro contaba por diez años de vida de mi padre. Si metía ocho

¿ESTO PARA QUÉ ES?

No, NO, VAMOS A ver, yo no detuve a Henri Parot.

¿Está la leche bien o la caliente otra vez? No podemos terminar tarde porque hay que ir a recoger a mamá.

¿Esto para qué es? ¿Para sacarlo en un libro? ¿En una revista? No sé... Yo estuve pocos años en el País Vasco y no fueron los peores. Algo sí, al final, los últimos dos años más o menos, con el capitán Hidalgo. Algún tiroteo. Algunas cosas hubo. Son cuatro o cinco historias, os las puedo contar en un par de tardes. No sé, no sé si serán las historias que vosotros queréis. La historia de Antxon a lo mejor sí os parece curiosa, aunque no era etarra exactamente...

Historias de tiros, pocas, si es lo que tenéis en la cabeza. Lo peor llegó más tarde. Le tocó a la siguiente generación de guardias. En mi época, el País Vasco era todavía un destino cotizado. Mi padre, desde que cumplí los doce o trece años y me quitó de estudiar, me decía que el País Vasco era un buen destino para irse de guardia. Que se comía bien, que había trabajo para los hijos, que los vascos eran gente simpática, hablando en general, desde luego.

Yo me he ido de chiquitos con los pescadores de Bermeo. En Bermeo me enseñaron el marmitako y de ahí me viene mi afición por la cocina. No viví lo que vivieron los guardias que llegaron después. Un poco sí, el principio. Al pobre Andrés nos lo mataron, aunque eso a mí no me pilló delante. Tampoco tenía mucha relación con él. Aún guardo un barboquejo de piel que me hizo, porque antes de guardia había sido talabartero. Yo llegué al País Vasco,

a las Vascongadas, como les decíamos, con muchas ganas, había cumplido diecinueve años y nunca había salido de Granada. A los diecinueve años yo había visto el mar una sola vez, en Almuñécar.

No, no, yo no detuve a Parot. Eso son historias de tus tíos, que son muy fantasiosos. Cuando a mí me avisaron, a media mañana, yo estaba tomándome un café con leche en la cafetería del cuartel. Es lo bueno de los cuarteles, lo bueno y lo malo, que tienen de todo, y si no quieres no te hace falta salir. Antes en los cuarteles teníamos barbero, sastre, hasta un supermercado, un economato, como hay en la cárcel, donde te salían las cosas un poquito más baratas. Todo lo hacíamos los guardias. Yo he hecho de albañil en el cuartel. Andrés, nuestro Andrés, que a ti te he hablado de él otras veces, nos arreglaba los zapatos a todo el mundo. El guardia hace lo que sabe y pone lo que tiene a disposición de los demás. Pone su coche, su casa, sus posesiones. Crespo hacía las fotos con su cámara de fotos. Yo me compré una moto y se la prestaba a mis compañeros para que no fueran andando. Por un compañero se hace cualquier cosa.

Estaba desayunando y entró un compañero dando voces, ¡Paco, Paco!, y me llevó del brazo. Era mi día libre, no tenía por qué ir, pero como especialista quise dar apoyo a mis compañeros porque la cosa parecía seria y yo tenía ya muchos años de experiencia con explosivos, desde mis tiempos en el País Vasco. Nos subimos al coche y por el camino mi compañero me fue explicando, aunque él tampoco sabía bien lo que había ocurrido. Al principio nadie sabe bien qué pasa. Lo primero es salir corriendo. Vas a los sitios sin saber, porque te lo mandan. Que ha habido un tiroteo, que hay una bomba, que hay compañeros heridos. La gente ve a los guardias con el uniforme y la pistola y se cree que dentro del uniforme no hay nadie o que las cosas se hacen solas.

Llegamos al control deprisa y corriendo y los compañeros que había allí nos dieron más detalles: un coche se había saltado el control y el conductor se había puesto a disparar. Lo habían conseguido detener y lo habían metido en uno de nuestros todoterrenos.

Yo no lo detuve, ni me enfrenté a él, ni lo esposé, no, nada de eso... Por eso os digo que las historias que yo pueda contaros... Mi única misión era subirme con este señor al coche y preguntarle qué tipo de explosivos llevaba, qué tipo de iniciadores tenían, si había trampas en los artefactos o en las puertas del coche, como a veces pasaba, nada más, para que pudiéramos desactivar y después descargar los explosivos con seguridad.

En estos casos la zona de peligro se acordona y no entra más que el especialista, que era yo. Yo hacía años que no interrogaba a nadie. Cada interrogatorio es distinto. Nunca sabes lo que vas a encontrar-te. Si el detenido no quiere hablar, ¿qué haces? ¿Y si te engaña?

Yo las primeras bombas las desactivaba con unos alicates, unas tijeras y una caña de pescar. Lo de los trajes y los escudos y los robots llegó después. El día de Parot, por ejemplo, yo no llevaba el traje de TEDAX. No me había dado tiempo a ponérmelo. No me había dado tiempo siquiera a avisar a mi mujer de que me iba.

Fui andando hasta el coche, abrí la puerta y me senté. Y allí estaba. El famoso Parot. Me senté a su lado y lo miré, por si me sonaba de algo, de alguno de esos carteles que había antes con las fotos de carné de los etarras. Cuando yo empecé, en los setenta, las fotos te las daban mal fotocopiadas y si el etarra tenía mucha barba o mucho pelo no se le veía la cara. Este señor, Parot, era un hombre con cara de inocente, repeinado, con la raya a un lado. Yo entonces no sabía quién era. Ni yo ni nadie, claro. Era de un comando secreto de ETA que llevaba matando muchos años. Lo de la casa-cuartel de Zaragoza, por ejemplo... Luego dicen que son gudaris. No señor, un gudari no mataba a un niño. Un gudari daba la cara y estos no daban la cara, mataban y se escondían, mataban por la espalda. Un gudari era un militar y tenía disciplina y conocimientos. Por eso a los gudaris los respeto. A mí me gusta mucho el País Vasco, al contrario de lo que se cree la gente. Yo incluso, después de los años que pasé allí, me considero un poco vasco. Por algo mi nombre de guerra en aquellos años era Patxi. Los vascos son gente

PERO LA ilusión del primer día en el bar no nos duró mucho. La primera entrevista con Paco Trassierra fue, como lo serían casi todas, larga y caótica. Enseguida descubrimos que no sería fácil obtener de él los detalles que nosotros íbamos buscando. Se perdía en divagaciones genéricas y un poco desganas en defensa de la Guardia Civil y contra ETA. Se distraía muy fácilmente. Se levantaba para ir al baño o para preparar más café. Nos traía cervezas, miraba el reloj para salir con tiempo para ir a recoger a su mujer, que llegaba de viaje.

Por lo demás, las historias con las que habíamos fantaseado en el bar no habían sucedido exactamente como recordaba Mario. Paco no había detenido a Henri Parot, ni había presenciado el asesinato de su compañero Andrés Segovia, ni había sido víctima de ningún ataque. Decía que había participado en la detención de dos comandos en Guernica, que sin embargo no habían llegado a cometer atentados. Pronunció ya algunos de los nombres que poco a poco se nos volverían familiares: Antxon Bengoa, Blanca Salegi, Sebastián Urkiza. Paco nos aclaró desde el principio que su experiencia en la lucha contra ETA había sido muy limitada. Él no había pertenecido a la generación de guardias que llegó inmediatamente después y que sufrieron los llamados años de plomo, 1978, 1979, 1980, en los que ETA asesinó a casi doscientas cincuenta personas.

Había otra diferencia con respecto a lo que Mario y yo habíamos imaginado aquella noche en el bar. Paco no había trabajado en el País Vasco a finales de los años setenta, sino entre los años

1971 y 1977. A principios de 1977, antes de que en España se hubieran celebrado las primeras elecciones libres después del franquismo, Paco ya había sido destinado fuera del País Vasco.

El encuentro había sido agradable. Paco era un hombre simpático. Se preocupaba por si estábamos bien, por si teníamos frío o hambre.

Mario y yo salimos de casa de Paco a medias ilusionados y confundidos. Acordamos volver a entrevistarlo a los pocos días.

Ya esa primera noche, al llegar a casa, busqué en Google el nombre de ese capitán de la Guardia Civil al que Paco había mencionado, Manuel Hidalgo, y leí distraídamente una nota de *El País* del año 1976 en la que se decía que Hidalgo había sido relevado de su puesto en Guernica por las numerosas quejas de la población.

UN MUÑECO

AL LADO DEL CUARTEL donde vivíamos pasaba una acequia que unas veces traía agua y otras no. En verano nos juntábamos allí por las mañanas todos los niños del cuartel y si había suerte nos refrescábamos. Mi hermano Pepe y yo llegábamos los primeros. Pepe me sacaba de la cama y tiraba de mí hasta la acequia. Una mañana, llegando, se queda mirando y me dice: «Mira, Paco, un muñeco».

Entre cuatro piedras, sobresaliendo del agua, había como un bulto de ropa mojada. Me acerqué y lo moví un poco y de pronto vi asomando una orejilla. Por el color amarillento que tenía yo también pensé que era un muñeco, pero al destaparlo un poco más, al verle las uñas y el pelo, me di cuenta de que era un niño. Mi hermano salió corriendo para avisar a mi madre. Yo pensé que a lo mejor si lo apretaba revivía, así que le di la vuelta y le apreté el pecho y soltó agua por la nariz. Del susto salí a correr yo también, y entonces me encontré de frente con mi padre, que muchas veces llegaba por las mañanas a saber de dónde. Me acuerdo de ese día porque con los nervios me tiré a mi padre sin esperar a que se cambiara de ropa, que era lo que nos tenía dicho. Mi padre se iba en servicios de varios días a vigilar los caminos con uno o dos guardias más, y dormían al raso. O se buscaban una cueva, un pajar o se colaban en una cuadra.

Hemos empezado tarde hoy. ¿A qué hora es el partido? ¿Abrimos unas cervezas? Esperamos un poco.

Mi padre volvía a casa rascándose, con pulgas o chinches en la ropa. Así que hasta que no se cambiaba no nos dejaba que lo tocáramos. Llegaba y nos decía hola con la mano y se metía a cambiarse y a lavarse. Luego mi madre lavaba su ropa aparte. A la capa le daba con un cepillo con agua y vinagre, porque si se empapaba, con lo gorda que era, no se secaba nunca. Mi padre traía de las correrías un olor fuerte, el bigote largo, las uñas negras, las botas y los pantalones llenos de polvo o de barro o de mierda de los establos donde a veces se colaba para dormir. Mi padre sacó de su macuto una de las mantas que llevaba y envolvió al niño. Como a mí me tenían dicho que no tocara esas mantas me dio cosa ver al niño tan chico envuelto en ella, por si se le pegaban las chinches. Pero claro, ya daba igual.

Las cosas de la época.

Yo tuve un hermano mayor que se murió con pocos años. Y este niño que me encontré en la acequia. Los niños se morían de vez en cuando. Mi padre no tenía vocación de guardia. Se casó joven y tuvo muchos hijos. La gente se metía a la Guardia Civil porque te daban una paga. No es que te gustara o no te gustara. O sí, también puede gustarte, como le acabó gustando a mi padre. Como me gustó a mí años más tarde. Pero que mi padre fuera de derechas o de izquierdas no iba a notarse.

TRAS UN par de encuentros con Paco, era evidente que las historias que contaba mejor no eran las que tenían que ver con ETA ni con los episodios más conflictivos que había vivido en el País Vasco. A Paco le gustaba hablar sobre su padre y también sobre su infancia y sobre los distintos cuarteles que conoció de pequeño.

A nosotros nos gustaba escuchar esas historias, pero estábamos de acuerdo en que si queríamos escribir el guion de un cómic o editar una entrevista que fuera de interés para otras personas necesitaríamos algo más. Hicimos una lista de películas, libros y documentales para empezar a investigar mejor los años que Paco había pasado en el País Vasco. Creamos un documento compartido en el ordenador donde registrar nuestros descubrimientos e ideas.

Teníamos nuestras esperanzas puestas en esos dos o tres últimos años a los que Paco se refería, en el atentado contra su compañero Andrés Segovia, en la detención de esos comandos en Guernica. Paco insinuaba de vez en cuando que en esa última época había vivido algún episodio conflictivo dentro de la lucha contra ETA, aunque acto seguido lo matizaba y aclaraba que su situación nunca fue tan extrema como la de la siguiente generación de guardias, los que vivieron en el País Vasco los llamados años de plomo, y empezaba a recordar otra vez algún suceso de su infancia, de sus primeros años como guardia, alguna historia de las vidas precarias de los guardias de antes.

LOS CUARTELES ERAN COMO ERAN

¿TENÉIS TABACO POR AHÍ? ¿Os apetece tomar algo más? Tengo ron, todavía me quedan botellas del año que pasé en Guatemala. A los guardias nos llaman de todo el mundo. Por desgracia somos de los cuerpos mejor preparados en asuntos de terrorismo. Aunque yo la parte del terrorismo no la conocí tan a fondo... Alguna cosa hubo. Mataron al pobre Andrés. Los comandos... Me acuerdo solo de unos cuantos nombres, Sebastián Urkiza, Antxon Bengoa. Con Antxon me habría gustado charlar ya pasado el tiempo. No es que pasara nada de particular, pero... Siempre me ha dado pena acordarme de él.

En invierno en Granada ya sabéis que hace un frío que pela y los cuarteles antiguos eran como eran. Los hermanos teníamos que salir al patio a mear hasta que nos pusieron escupidera en el cuarto. A partir de entonces, si por la noche nos daban ganas de mear o de cagar lo hacíamos en la escupidera que nos dejaba mi madre debajo de la cama. Éramos cinco hermanos en el mismo dormitorio, repartidos en dos camas. Os podéis figurar cómo olía la casa algunas mañanas. Las duchas también estaban en el patio y las compartíamos con las otras doce o trece familias del cuartel. Digo dormitorio por decir algo, porque no había tabiques, unas cortinas nada más para separar. Si a mi padre le daba por roncar...

Pero los cuarteles tenían también sus cosas buenas. Siendo niño te lo pasabas bien porque había muchos niños más. Uno de

LO QUE YO TE CUENTO

COMO TANTAS VECES, EN nuestro último encuentro Paco Trassierra nos recibe en el comedor de su casa con café y dulces sobre la mesa. Me da una palmada en la espalda y me dice: «Hombre, el gudari», con una inflexión irónica que no le he escuchado antes. Tiene un aspecto saludable, está moreno, después de haber pasado unos días en la playa. Mario y yo nos sentamos en el sofá y él en su sillón de siempre. Esta vez no hay divagaciones preliminares. Paco se enciende un cigarrillo.

—Puedes contarme lo que te hayan dicho. No te preocupes. Todo lo que te hayan dicho, lo peor, y te lo quitas de encima.

Le digo que tanto Badiola como Urkiza lo recuerdan bien y lo describen como un hombre inteligente y observador, que ambos lo distinguen como el más prudente dentro del grupo de Información. Le digo que yo no quiero molestarlo, ni acusarlo de nada, que él sabe que yo estoy de su parte, que solo quiero hablar abiertamente de lo que me han contado durante mi viaje. Le cuento los atentados frustrados del comando de Sebastián Urkiza contra Hidalgo y su grupo de Información. La bomba que no llegó a poner en el puente de Rentería para volarlo al paso de los vehículos de la Guardia Civil. El ametrallamiento frustrado en el último segundo contra el grupo de Información al completo. Le digo también que Urkiza me ha contado que Paco lo salvó un día de una paliza de muerte. Pero a Paco estas historias no parecen alterarlo, ni asustarlo, ni interesarle demasiado. Fumando, insiste: «Tú puedes con-

tarme lo que quieras, me ha dicho Nuria que había cosas que me querías decir. Dímelo ya, para qué vas a darle más vueltas, y te lo quitas de encima».

Con muchas aclaraciones y rodeos le resumo la historia de Sebastián Urkiza. Que fue detenido por el grupo de Hidalgo en mayo de 1975 y pasó diez días en el cuartel de Guernica. Que durante diez días estuvo atado a un radiador, en una oficina, en el suelo. Que en todo ese tiempo no le dieron de comer ni de beber. Que ni siquiera tenía una manta para taparse por las noches. Que lo sacaron al monte varias noches y simularon ejecutarlo. Que una de esas noches la explosión de una granada le hizo perder parcialmente la visión en un ojo. Que tuvo fiebres muy altas durante días y no recibió atención médica. Que estaba tan débil que se orinaba en los pantalones. Que solo la limpiadora le llevaba a escondidas ropa limpia para que se cambiara y algo de comida. Que lo envenenaron para que confesara y que estuvo delirando, y que cuando recuperó el sentido habían pasado tres días enteros de los que no recordaba nada.

Paco, con su cigarro en la mano, me escucha con su actitud relajada de siempre, a la que hoy se añade un gesto de cansancio. «Qué quieres que yo te diga. Todo esto ya lo hemos hablado otras veces. No te puedo decir nada nuevo. Yo no te puedo hablar de cosas que yo no he hecho». Me dice que no cree que sus compañeros pudieran estar involucrados en algo así. Que eso lo harían otras personas, que se llevarían a Urkiza a la comandancia de La Salve, o al cuartel de algún otro pueblo.

Por una vez le insisto. Las cosas que Urkiza contaba debieron suceder en el cuartel de Guernica. Como él mismo decía muchas veces, hay cosas que se ven en la cara de las personas, y yo estaba convencido de que las historias que me había contado Sebastián Urkiza eran ciertas. Le repito que Urkiza y Badiola me aclararon que las peores torturas sucedían en el sótano del cuartel y las llevaban a cabo guardias de otros cuarteles o venidos de fuera a los que no conocían, que lo único que yo quiero es admitir que esa